

PRÓLOGO

¿Es esto un prólogo?

Permítame el lector (y el autor) la indiscreción. Ante el encargo del prólogo de esta obra, he decidido destapar todos los secretos y experiencias que viví en la cocina dramática de José Sanchis Sinisterra durante los meses en los que escribía *Monsieur Goya* (Una indagación). Este proceso al que de manera distinguida el autor ha venido a llamar dramaturgia de la incertidumbre.

Permítame también el lector que me sienta, al escribir estas líneas, como la pequeña Rosario Weiss a la que su maestro Goya (en mi caso José) ha dejado el pincel para dibujar un detallito, y alberga en su interior una gran alegría, así como una tremenda responsabilidad por no hacer de su intervención un borrón espantoso.

Trabajo en Nuevo Teatro Fronterizo, un extraño lugar en el que el autor de esta obra, junto a su familia elegida, imagina mil proyectos en el exilio del madrileño barrio de Lavapiés. Gracias a esto, he tenido la suerte de asistir en primera fila al proceso de escritura de la obra. La verdad es que todo era muy emocionante: José Sanchis Sinisterra escribiendo una obra sobre Goya... Ya me imaginaba yo el brotar incesante de palabras o los monólogos de un Goya humano y genial. Estaba a punto de asistir a un espectáculo épico, grandioso.

Lo primero que hizo José fue empezar a documentarse. Mucho. Mucho. Muchísimo. José no paraba de leer. Leía cartas, artículos, páginas web, libros del siglo XVIII, libros del siglo XIX, libros de

arte, libros de política, libros de historia, libros de neurociencia, novelas, obras de teatro. También empezó a observar mucho, veía cuadros, películas, litografías, dibujos. Los volúmenes y las imágenes se multiplicaban en su mesa. “Es inabarcable”, decía. Cuanto más leía, más tenía por leer.

Como algunos seguramente no sabréis, Sinisterra escribe sus obras en unas libretas muy sencillas, con una caligrafía precisa y sin tacha. Lleva haciéndolo así desde el principio de los tiempos. Desde sus primeras novelas de aventuras, vaqueros y hombres prehistóricos a los diez años de edad. Podéis imaginar nuestra cara cuando una mañana nublada José anunció: “Estoy escribiendo la obra a ordenador” ¿Está escribiendo a ordenador? Esto es un auténtico acontecimiento. Una revolución.

José decide dejar de leer. José, que está escribiendo una obra con un ordenador, ahora decide dejar de leer sobre el tema. Todo esto es muy extraño. Incluso, un día José se va a Burdeos. Sí, tiene casi ochenta años, está bastante sordo y se marcha a Burdeos ¿les suena?

A continuación, paso a reproducirles, de la manera más fiel de que mi memoria ha sido capaz, una secuencia de algunos de los días en que la incertidumbre habitó a José... y a quienes le rodeábamos:

S- Buenos días, José. ¿Qué tal?

J- (El hombre tose haciendo patente su llegada,

llega al marco de la puerta, me mira, va a su mesa, se sienta en su silla, sujeta su cabeza) Nada, ni una palabra.

.....

S- Hola ¿Qué tal vas?

J- Dos líneas.

.....

S- ¿Qué tal?

J- Las fantasmagorías. Las fantasmagorías son muy importantes.

.....

S- ¿Qué tal vas?

J- ¡Dos páginas! ¡Dos páginas!

.....

S- ¿Qué tal va Goya, José?

J- Llevo ocho meses chapoteando en el fracaso...

S- Hombre, José: no será para tanto.

J- Me estoy hundiendo...

.....

S- ¿Cómo va la cosa?

J- Esta obra es muy rara: dos líneas a las 2 de

la mañana, Rosarito y Margot, que hablan en francés... Se me están rebelando los personajes; ahora Moratín se está peleando con el autor.

S- ¿Y Goya qué dice?

José se ha aproximado a Goya respetando y dando espacio a sus silencios, sus sombras. Ha sido testigo de un periodo fragmentado y discontinuo, asomándose (aunque semihundido) a la Quinta del Sordo en Madrid y a la casa en el exilio del artista en Burdeos.

Recordando la escritura de esta obra, pienso que, aunque intentemos pasar el cepillo a contrapelo a la historia, como dice Walter Benjamin, lo más posible, es que, al hacerlo, no encontremos todas las respuestas. Puede que lo que hallemos sean preguntas, silencios o ausencias; huecos que son en cierta medida el soporte inmaterial de la obra. La fantasmagoría, uno de los inventos precursores del cine al que Goya pudo asistir y que tanto le marcaron, nos remite a la primera posibilidad de una imagen cambiante, fugaz. Lo translúcido, lo que no llegamos a ver del todo y lo que se transparenta a través de la tela o el humo, habita también en esta indagación.

En abril de 1820, Goya compra la Quinta, lugar donde vivirá junto a Leocadia Zorrilla y los hijos de ésta: Guillermo y Rosario. Tras la desesperante situación política y el profundo desarraigo en el que se ve sumido el pintor, en 1824 viaja a Francia, encontrándose con

varios amigos exiliados, como el dramaturgo Leandro Fernández de Moratín.

Es en ésta su última etapa de creador, cuando Goya hace cosas que jamás ha hecho, como las miniaturas, utilizando técnicas y procedimientos que no había empleado antes. En su exilio en Burdeos dibuja los conocidos como álbumes G y H, entre 1825 y 1828. En el primero se encuentra el dibujo de un hombre anciano, con una larga barba blanca, apoyado en dos bastones. En la parte de arriba podemos leer: Aun Aprendo. El soporte del dibujo es una hoja de papel verjurado con sus características líneas, los corondeles y puntizones que le dan la textura, y se ven con claridad al trasluz.

Un anciano, manchas, trasluz, ausencias. ¿Podría ser éste un dibujo de la incertidumbre?

¿Puede haber una pintura o una literatura que no lo sean?

De cerca son solo manchas, oscuridad, borrones, silencios, huecos, transparencias, fragmentos, jirones. Aléjense, estén atentos, y podrán ver a Monsieur Goya, se acercará a ustedes en una nube de humo, no pestañeen, presten atención, durará un instante y desaparecerá.

SARA NÚÑEZ DE ARENAS